

Los ángeles no envejecen

ME he acostumbrado a mi cuarto; esto lo puedo afirmar hoy, ya que estoy viviendo aquí desde hace cinco años. Admito, fue un cambio. Si pienso en mi casa... amplia, generosa, ambientes grandes dan libertad, no restringen, uno puede moverse, tiene espacio, no se choca contra todas partes. Ventanas grandes que pertenecen a ambientes grandes; no se resisten a la luz sino que la invitan; la luz no llama a la puerta, puede entrar cuando quiere, y llega por sí sola, saluda al ambiente, se hace amiga de los objetos, ya los conoce tan bien, acaricia las flores, las mesas, los armarios, el sofá, los sillones, las preciosidades que todos coleccionamos, a las que nos aficionamos tanto.

Cuántas veces me he sentado a esperar que la luz también me visitara a mí, deslizándose suavemente sobre mí, envolviéndome en su calor, en su claridad. Me quedaba entonces completamente inmóvil, atreviéndome apenas a respirar para no ahuyentarla, pero se iba igual, siempre se va, no se puede retener. Atrás nos quedábamos nosotros, mis objetos y yo; juntos teníamos que resignarnos, y a la vez cada uno por sí solo, tristes, afligidos, con la certeza de que mañana, pasado mañana, todos los días regresaría y que cada vez tendríamos que volver a resignarnos. Una experiencia dolorosa repitiéndose siempre, la de no poder retener lo que da vida, lo que se escapa a nuestro influjo, entregados a la merced del ansia por la luz.

Mis preciosidades... cuántas veces las he mirado, ¿por qué las habré incorporado con tanto cariño a mi hogar? Claro, cada objeto estaba ligado a una historia, una vivencia, una experiencia, en resumen, a un recuerdo. Pero el recuerdo no es este cuadro, aquella escultura o dicha vasija. El recuerdo es mío, es parte de mí, vive en mí. Los objetos sólo son trofeos que orgullosamente se llevan a casa, donde se instalan lo mejor posible para realzar su importancia, y luego llega visita, una pregunta amable o interesada: "Oh, esto sí qué es bonito, ¿dónde lo obtuvo?".

¡Qué satisfacción poder saborear recuerdos abiertamente!, con el permiso de los demás, que no pueden sentirlos, porque no los vivieron. Sólo son palabras, que no enriquecen a los visitantes.

Recuerdos: me pertenecen a mí, quedan míos, no pueden ser entregados. Y luego —uno mismo no puede hablar todo el tiempo— batiéndose en el intercambio de los recuerdos, todos tratan de entrar en el diálogo. ¿Qué quiere decir diálogo? Es el juego alternado entre un orador, que obliga a escuchar, y muchos mudos, mudos en la mente, mudos en el corazón, mudos en el sentir. ¿Por qué siempre me han torturado tanto con vuestros relatos? Pero si yo no podía distinguir el límite entre la realidad y lo agregado, ¿realmente sintieron lo que de-cían sentir o el tiempo que transcurrió desde entonces ha purificado, fortalecido, desfigurado vuestras vivencias? ¿Es cierto lo que dicen? ¿Es cierto lo que yo digo? ¿Qué es cierto? No les puedo creer, no me puedo creer a mí mismo, ¿a quién puedo creer? No los quiero ver más, quiero estar solo; entonces al menos tengo que desconfiar de una sola persona, de mí mismo; eso lo puedo soportar, eso lo debo soportar.

Así fue como cambié mi casa por este cuarto, abandoné todos los trofeos de mi vida, llevé solamente mis recuerdos, verdaderos, falsos. No podía simplemente dejarlos. Y si me siento, totalmente quieto, y cierro mis ojos, entonces ya no estoy aquí, estoy donde quiero estar, sin moverme del lugar. Si, eso lo he aprendido. Puedo jugar con mis recuerdos, ellos ya no juegan conmigo. He escogido algunos, algo así como mis recuerdos predilectos, con los que emprendo un viaje prácticamente todos los días. Ahora puedo manejarlos: les quito algo, les agrego algo, vivo con ellos, ellos viven conmigo. Nos llevamos bien. Ha cambiado, mucho ha cambiado mi vida, mi manera de pensar, mi forma de ver las cosas, mis experiencias, mis recuerdos, todo es distinto.

Si no fuera así, ¿cómo podría vivir en este cuarto? Tres metros de ancho, cuatro metros de largo. Lo medí con mis pasos al comienzo, ahora ya no, me he acostumbrado a él.

Un cuarto sencillo: allí está la puerta, en un nicho el lavamanos, el sanitario y la ducha. Tengo mi ducha dentro del cuarto, ¡qué bien! Detrás de la pared divisoria, mi cama; me he dejado poner una tabla debajo del colchón. Todo a lo largo de la cama, una repisa en la pared, encima dos o tres libros. Tenemos una biblioteca bien surtida; allí puedo pedir prestado todo lo que quiero, pero ya no leo tanto. Por último está mi radio, que no prendo casi nunca. Debajo de la ventana, una mesa con un cenicero, una silla. A los pies de la cama, mi armario. No hay mucha cosa adentro, ya no necesito mucho, ya no salgo como antes. Desde que estoy aquí, ya no he ido más al centro, ¿para qué debería ir?, entonces ya no tengo que vestirme para ello. En el centro, donde todos pasan al lado del otro sin notarlo, donde se esquivo al próximo dentro de la masa y se expresan disculpas en cuanto se roza a alguien sin querer.

¿A quién le interesa cómo me ha ido, me fue, me va?

Antes recorría las calles a menudo, miraba las caras, ¿en qué piensas justo ahora?, ¿algo te preocupa?, ¿estás contento?, ¿eres lo que pareces?, ¿qué esperas de ti?, ¿de dónde vienes?, ¿cuál es tu meta? Me divertía adivinar lo que pensaban, contestar yo mismo las preguntas, jugar con sus pensamientos. Más tarde, las distribuía en grupos. Eso no es tan difícil si se sabe leer en las caras. Estaban las caras quiero—comprar—algo, las caras quiero—ir—a—casa, las caras no—sé—lo—que—quiero, las caras que esperan, buscan, se aburren y las caras aquí—estoy y cada vez más y más las caras no—tengo—tiempo, las más peligrosas de todas. Me daban miedo; cada vez iba menos al centro, porque no las podía ver más, porque ya no podía oír más como de todos lados se llamaba, se reía, se burlaba, se quejaba: "¡No tengo tiempo!".

Aquí es diferente. Tengo tiempo, mucho tiempo, y también "los lentes" tienen tiempo. Todos los días, después del desayuno, lo oigo venir por el pasillo; después gira la llave en la cerradura, la puerta se abre y entonces él está allí. Siempre con una túnica impecablemente blanca, pantalones blancos, zapatos blancos, cabellos blancos, siempre me sonríe amigablemente, me da la mano. "Bueno, vamos a empezar."

Entonces caminamos juntos por el pasillo a su oficina blanca, nos sentamos uno frente al otro y comenzamos a platicar. A veces también está presente una barba, pero yo ni la miro, no me gustan las barbas. Las barbas no son sinceras, las barbas esconden las caras, las barbas impiden que se reconozcan los hombres. Por eso sólo converso amablemente con los lentes.

Parece disfrutar cuando le cuento de mi vida; siempre quiere conocer todos los detalles, hace preguntas, escucha, me exhorta a continuar con mis relatos; son agradables esas personas que se interesan en los demás, y yo hablo y hablo.

Me divierte apartarme de la verdad; él de todas maneras no puede controlarlo. Me divierte dar libertad a mi fantasía para entretejer lo real con lo ficticio, armándolo para que suene lógico y plausible, y observarlo cómo me escucha con atención, disipando las dudas de su cara cuando, por un pequeño descuido, exagero demasiado.

Pero hoy, hoy es un día especial. Hoy le comunico mi decisión de dejar que ella se mude conmigo. Ya no soporto ese jugar a las escondidas, ese temor permanente de que podrían sorprenderla y echarla de la casa. Pero si ella no molesta a nadie, no da trabajo a nadie, no quiere a nadie más que a mí y yo sólo la quiero a ella, ella me pertenece, solamente a mí. Por lo tanto ella también puede vivir oficialmente conmigo y los demás tienen que aceptarlo.

Ya mucho antes, cuando aún era muy joven, me la imaginaba en mis sueños. Cómo luciría, cómo hablaría con ella, cómo pasaríamos juntos horas, días, años, en paz, en armonía, en respeto mutuo, cómo podíamos ser felices. La veía claramente delante de mí, joven, delgada, alta, con un elegante vestido blanco, cálidos ojos castaños que dejaban ver su alma ilesa, de cabello oscuro, casi negro, largo y rizado, acariciándole su rostro joven, puro, hermosísimo y dulce. Era hermosa, tan desconcertantemente hermosa, tan tranquilizadoramente tierna, tan profundamente

inteligente, tan seductoramente delicada, que comencé a buscar a mi ángel, así la llamaba, por todas partes, lleno de esperanza.

No la encontré.

Mi esperanza fue desvaneciéndose, así como se me escurrieron los años de mi vida entre mis manos. ¡Cuántas veces pensé haberla encontrado finalmente, pero ninguna era ella! Solamente destruyeron con dolor mi esperanza, solamente me crearon desilusión.

Ninguna era igual a mi ángel; solamente me detuvieron en mi búsqueda, me robaron un tiempo valioso que nadie me puede devolver. Ninguna de ellas valía la pena, las de las blusas blancas, las de los vestidos blancos — el rojo queda tan lindo con el blanco... - .

Después me trajeron para acá. Estando entonces sentado sobre mi cama, observando cómo la luz a través de la pequeña ventana dibujaba en la pared de enfrente en mi cuarto, primero un cuadrado, después un trapecio cada vez más alargado, siempre dividido por tres barras de sombras grises cada vez más anchas, siempre el mismo cuadro, entonces ponía en su lugar el retrato de mi ángel, cómo me sonreía, cómo me miraba afectuosamente con sus ojos profundos. Me había guardado su imagen, lo cuidaba como el tesoro más precioso. Hasta ahora nadie había podido quitármelo.

En esos primeros tiempos, en algún momento, se me olvidaron día y hora, tampoco es importante, sucedió lo que ya no me atrevía a esperar: ella salió del retrato, se acercó a mí en persona, me extendió sus manos suaves, bien formadas, creadas para amar, se sentó en el borde de mi cama. Podía sentir su dulce fragancia; su calor inundaba todo mi ser; el cuarto comenzó a ensancharse hasta el infinito; ella estaba allí, yo ya no la buscaba más —ella me había encontrado—.

Comenzamos a conversar. Ella me escuchaba, ella sabía escuchar. De vez en cuando hacía una observación — ¡qué inteligente y comprensiva era!—, acariciaba mis manos, mi cara, mi alma. Aún lucía tan hermosa como me la había imaginado; no había envejecido, ¡los ángeles no envejecen!

No había dicho "buenos días", no necesitaba hacerlo, pues siempre había estado junto a mí.

Desde entonces viene todos los días; a veces apenas me daba el tiempo para esconderla en el armario o detrás de la puerta cuando sorpresivamente la llave giraba en la cerradura y se servía una de esas comidas, pero eso ya no lo quiero más ahora. Quiero que todo el mundo vea que soy feliz, por qué no habría de mostrar mi felicidad, ahora que finalmente mi vida ha obtenido un sentido?, pues con ella puedo reflexionar y conversar sobre todo lo que me conmueve. Ya no necesito a nadie más; únicamente a ella, a mi ángel.

¡Nadie, nadie tiene el derecho de quitármela!